

Lluvia negra

Todos recordaban perfectamente qué estaban haciendo cuando se escuchó el grito. Todos recordaban también a la perfección qué hicieron justo después. Correr. En dirección a la recepción. De ahí venía.

A algunos, no a todos, los frenó un estampido seco y entonces entendieron lo que había gritado la voz de la recepcionista de la agencia. ¡Una bomba! Ésos, los que habían descifrado las palabras deformadas por el miedo, fueron los que detuvieron la carrera. Otros tres que venían de despachos más alejados siguieron a pesar del sonido seco de la explosión y de un segundo grito aún más aterrorizado.

Cuando estos tres llegaron a la recepción no vieron a nadie. Sólo una caja de cartón abierta sobre el mostrador, el cráter del volcán del que había surgido una erupción de confeti negro que cubría el suelo, las sillas, las plantas. Detrás del mostrador se oía una respiración entrecortada.

Pero estos tres primeros en llegar, dos por el pasillo de la izquierda, uno por el de la derecha, se detuvieron en la frontera que delimitaban en el suelo los pedacitos de papel que habían llegado más lejos. Cuando los otros llegaron sobrepasaron a sus compañeros inmóviles. En el silencio sólo se percibía el leve crujido del confeti debajo de sus zapatos y el jadeo de la recepcionista oculta detrás del mostrador. Fue Katja Bamberger, una de las creativas de la agencia, quien se atrevió a

rodearlo en primer lugar. Encontró a Silvia Lose de rodillas, sentada sobre sus piernas.

—Me recordó una ilustración del cuento de la pequeña vendedora de cerillas de Andersen —le dijo después a Cornelia Weber-Tejedor cuando la comisaria habló con todos los testigos.

El confeti negro se esparcía por la cabeza de la recepcionista y le cubría la cara como una costra de hollín. El rostro había quedado petrificado, no expresaba ni miedo ni alivio, pero de los ojos bajaban dos gruesos regueros de lágrimas que arrastraban trocitos de papel por las mejillas y los dejaban pegados en la barbilla.

Katja Bamberger se agachó y la abrazó, después la ayudó a levantarse. Al otro lado del mostrador, el resto de los publicistas que habían estado trabajando ese viernes por la tarde se habían reunido alrededor de la caja de cartón. Todos tenían la mirada fija en el interior, en ese mecanismo de relojería de colorines que parecía sacado de una escena de *El Correcaminos*. Pero nadie tuvo ganas de reír.

El mismo mecanismo que había hecho volar el confeti negro por toda la habitación había dejado una nota al descubierto.

«La próxima será de verdad.»

Ciudadana modelo

El lunes siguiente, antes de entrar en el despacho de Matthias Ockenfeld, su jefe, la comisaria Cornelia Weber-Tejedor, sacó un nebulizador del bolso y se echó unas gotas en la nariz. Se sentía congestionada. Los preceptos naturistas de Jan, su marido, decían que a partir de la primavera se dormía con las ventanas abiertas y, aunque estaban a mediados de mayo, por las noches las temperaturas bajaban considerablemente.

El jefe la había convocado a primera hora de la mañana para darle instrucciones sobre su trabajo de observación en la agencia publicitaria «Baumgard & Holder. Creativos». En ese momento supo por primera vez de la iniciativa del ayuntamiento de Fráncfort de llevar a cabo una campaña de promoción de la ciudad para que ésta adquiriera un «perfil más definido y una mayor proyección internacional». Esto último lo leía Matthias Ockenfeld de los papeles que sostenía en las manos mientras contaba a Cornelia lo sucedido el viernes anterior en la agencia y le explicaba lo que se suponía que tenía que hacer. Para leer se había puesto unas gafas sin montura. Detrás de unos cristales que parecían flotar sobre la nariz, unos ojos de azul transparente. Gafas invisibles, ojos invisibles, los labios finos, apenas dos líneas, esa cara parecía haber sido trazada por un dibujante perezoso.

Los dos se sentían incómodos. En los últimos meses habían conseguido evitar con éxito cualquier encuentro a solas, pero

dado que ese asunto, por alguna razón, se lo quería encomendar a ella, la conversación era inevitable.

—Los coches de algunos miembros de la agencia fueron objeto de actos de vandalismo, pero al principio creyeron que se trataba de alguna banda juvenil. Sólo cuando llegó el paquete se juntaron las piezas: lo de los coches y los anónimos.

—¿Anónimos?

—En las últimas semanas llegaron varias cartas de amenaza, anónimas, pero ni la persona que las recibió, la asistente del director de la agencia ni él mismo les dieron especial importancia.

—Curioso. Usted habla de varias cartas, en cambio no avisaron a la policía hasta que llegó el paquete. Normalmente un segundo anónimo ya basta para que la gente emprenda algún tipo de acción. ¿No es así? Parece el comportamiento propio de quien tiene algo que ocultar.

—Usted lo ha dicho, señora Weber-Tejedor.

No pudo disimular cierta sorpresa. Eso pareció complacer a su jefe, que continuó un poco menos tenso.

—No es que escondan nada en un sentido estricto, pero no quieren darle publicidad.

Ella estaba segura de que Ockenfeld también era consciente de lo extraño que sonaba en ese contexto lo que acababa de decir, pero ambos prescindieron de hacer algún chiste fácil.

—Por lo de la campaña institucional —conjeturó ella.

—Así es. Por eso me dirijo hoy a usted. La agencia Baumgard & Holder es una de las tres finalistas para hacerse con la campaña. Lo han conseguido, por lo que sé, con una propuesta potencialmente más polémica que las de las otras dos competidoras.

—¿Polémica? ¿En qué sentido?

La interrupción tensó de nuevo al jefe. Respondió rápido, como si recitara de mala gana un poema aprendido de memoria.

—Por lo que me ha hecho saber el señor Sebastian Baumgard, el director, la campaña pone especial énfasis en la li-

beralidad de la ciudad, en mostrar la tolerancia como valor esencial, la convivencia de culturas, ideologías, religiones y todo eso. Y, claro, les preocupa que algunos sectores menos abiertos reaccionen con rechazo. En menos de dos horas el propio Baumgard se lo explicará mejor. Ahora, si no es mucho pedir, me gustaría seguir con lo que le estaba diciendo, señora Weber-Tejedor.

Tras dejar claro quién era allí el dueño de los turnos de palabra, Matthias Ockenfeld reanudó su discurso.

—Estas amenazas recibidas por la agencia ponen en peligro la credibilidad del concurso. Si Baumgard & Holder no puede desarrollar su trabajo con seguridad, no es difícil imaginar que habrá voces que clamarán diciendo que su campaña sufrió presiones y eso echaría por tierra el propósito original de lavar la cara de Fráncfort. El efecto sería todo lo contrario, lo de las amenazas podría ser usado para confirmar la imagen de esta ciudad como la más peligrosa de Alemania. Ya puede usted imaginarse cómo serían los titulares del *Bild Zeitung*. La prensa no debe ni por asomo saber nada al respecto.

—¿Quién está informado del asunto?

—¿Fuera de la agencia? Nadie, de momento. Sólo nosotros. Dadas las circunstancias, tampoco parece conveniente que esto llegue a las altas instancias de la ciudad o a los que han convocado este concurso de ideas.

—Está bien. Lo que no alcanzo a ver es por qué yo. ¿Qué tiene que ver nuestro departamento con el asunto?

Los ojos de Ockenfeld se achicaron. Aunque apenas las veía, ella sentía esas pupilas transparentes clavadas en su rostro. Ockenfeld la escrutaba buscando si se trataba de ironía o de un conato de protesta. Pero la pregunta no albergaba ni lo uno ni lo otro, como mucho un leve tono de incredulidad y tal vez para el jefe una amenaza implícita: «¿Recuerda usted lo que pasó la última vez que tuvimos una conversación parecida? ¿Cuando me pidió que me ocupara de un asunto que no era competencia de homicidios?» Pero se iba a guardar bien de provocarlo. Además, tampoco quería mostrar abiertamente

que en el fondo incluso agradecía poder hacerse cargo por unos días de algún asunto menos desesperanzador que el caso que ella y su equipo tenían entre manos desde hacía unas dos semanas. Mantuvo una expresión atenta para que Ockenfeld siguiera; él pareció dejar de lado su desconfianza.

—Usted, señora Weber-Tejedor, observará la agencia durante unos días. Oficialmente su labor será asesorarlos y representar a las fuerzas del orden público de la ciudad, que también quieren aportar su granito de arena. Como ya le he dicho, uno de los objetivos de esta campaña es cambiar en la medida de lo posible la imagen de Fráncfort como una ciudad violenta, con el índice de delincuencia más alto del país...

Hasta ahí no tenía nada que objetar. Además, a ella no le sorprendía tanto como a otros compañeros, los de la vieja escuela, la intensa vida política de Matthias Ockenfeld, que hacía que estuviera siempre al tanto de asuntos como ése. Su nombre había sonado incluso un par de veces en relación con algún alto puesto en el Ministerio del Interior del estado de Hesse.

—Claro. Pero todavía no ha contestado a mi pregunta.

No necesitó la respuesta del jefe. Mientras formulaba la frase, ella misma cayó en la cuenta de que durante toda la conversación Ockenfeld había usado sus dos apellidos con machacona insistencia. Así que era eso, pensó, una campaña políticamente correcta asesorada por la comisaria que era hija de una emigrante española. La alumna aventajada de la segunda generación. Como prefería no escucharlo, se adelantó a la explicación de Ockenfeld:

—Bueno, no importa. No es tan importante.

Y el jefe supo que había entendido.

Ella cambió de tema.

—¿Podré llevar a cabo mi trabajo en la agencia de forma abierta?

—Sólo en parte. De momento, la mayoría de los miembros de la agencia sabrán de su presencia, pero más como asesora que en funciones de vigilancia. Es de suponer que todos habrán oído ya lo del paquete, pero se intentará quitarle importancia.

De lo contrario, es difícil que se pueda asegurar la discreción de las cincuenta personas de la plantilla. Cuando tenga que actuar fuera de la agencia, es importante que su trabajo no trascienda.

—¿Fuera?

—Habrá ocasiones en las que tal vez sea necesario participar en actos más o menos públicos. Por ejemplo, en algún momento tendrá lugar el *pitch* en el ayuntamiento. Dentro de unas dos o tres semanas, creo recordar.

—¿*Pitch*?

—La agencia presentará, junto a las otras dos finalistas en este concurso, su proyecto de campaña institucional a los representantes del ayuntamiento. Si entonces su presencia ahí todavía es necesaria, espero que no, es importante que no se sepa por qué motivos. La alarma que esto provocaría podría perjudicar a la agencia y quizás incluso la campaña entera.

—Entonces, ¿estamos seguros de que las amenazas se conscriben a esta agencia —dio un vistazo a los papeles—, Baumgard & Holder?

Ockenfeld no dijo nada. Como un domador de caballos que ha conseguido que el animal acepte por fin la silla y lo deja trotar un poco a su aire para que se acostumbre al peso.

—Deberíamos averiguarlo cuanto antes —siguió Cornelia—. Para dejar claro contra quién o contra qué van dirigidas las amenazas. Si se trata de la agencia, alguien que trabaja en ella o va contra la campaña del ayuntamiento en general.

—Entiendo.

—¿Entonces?

El jefe se echó hacia atrás, pero dejó los codos apoyados en la mesa con las manos entrelazadas en el aire. Permaneció así, tirante, mientras valoraba las consecuencias de lo que le había dicho. Después, como si el muelle que había tensado quisiera regresar a su estado inicial, los brazos tiraron de su cuerpo voluminoso.

—Entonces haga las averiguaciones necesarias, pero sin alarmismos.

—¿Me puede ayudar algún compañero?

Pensaba en Reiner Fischer o en Leopold Müller. Sobre todo en Müller. Ahora que ya se había quedado en homicidios quería que no hubiera duda de que formaba parte de su gente.

—No.

La negativa fue tan rotunda que incluso Ockenfeld se dio cuenta de que era necesaria una matización.

—Es un asunto de relevancia relativa. Además, el resto de su equipo tiene que ocuparse del caso de la prostituta desaparecida, supuestamente asesinada. Usted sigue llevándolo, claro está, sólo que por unos días lo compaginará con este trabajo. Para el tema de los anónimos dispondrá de un par de agentes si necesita que se ocupen de tareas de menor importancia: comprobar datos, buscar informaciones... Ya sabe.

—Está bien.

Sonó más bien resignada. Si Ockenfeld lo notó, no lo dejó traslucir. No parecía interesarle tanto el abatido estado de ánimo de su comisaria como su aceptación.

Salió del despacho. La mesa de Ute Marx estaba ocupada por una sustituta que reemplazaría a la secretaria del jefe durante una ausencia indeterminada. Su madre estaba muriéndose y ella quería estar a su lado. Cornelia la echó de menos. También a Lukas, el perrito feísimo que había adoptado hacía dos años. Después de las visitas al jefe siempre era agradable recibir los arrumacos de ese bicho feúcho y unas palabras amables de su dueña.

Ahora, en cambio, bajaba a su despacho después de un seco saludo de la sustituta de la que únicamente sabía el nombre, para dejar a sus compañeros cargando con un caso que, temía, no se iba a resolver.

Sangre sin cuerpo

Al abrir la puerta del despacho la recibió la voz del subcomisario Reiner Fischer.

—¿Qué tal con el *big boss*?

Sin apartar los ojos techados por unas espesas cejas grises de la pantalla del ordenador, levantó la mano derecha y la llevó a la sien imitando un saludo militar, un gesto que ambos hacían siempre que se nombraba a Ockenfeld.

Le refirió la entrevista.

Tras escucharla, Reiner se separó de su mesa y se desplazó hacia el escritorio de su compañera sin levantarse de la silla con ruedas. Se deslizaba dando pasitos cortos con las manos agarradas a los brazos del asiento. La imagen del corpachón de su compañero moviéndose a pasos liliputienses por el despacho consiguió arrancarle una leve sonrisa, la primera de ese día. Reiner Fischer todavía hizo girar la silla un par de veces antes de plantarse ante ella.

—¡Mira que eres payaso!

—Cuando quieras te echo una carrera por el pasillo.

—No me busques.

Ya estaban frente a frente.

—¿Por qué crees que te ha escogido en realidad?

—¿Quieres una teoría ingenua o una maliciosa?

—Para empezar, la buena. Es así también en los chistes, ¿no?

—La razón sería que soy la comisaria más resultona.

—¡Anda! ¿Ha habido elección de miss Jefatura o qué?

—Sí, y en secreto, para que no me pudieras quitar tú el título.

Reiner pestañeó con una coquetería teatral.

—Ahora en serio. Si se supone que voy a asesorar a una agencia que prepara una campaña basada en la variedad cultural de Fráncfort, ¿no te parece que una comisaria hija de una trabajadora emigrante encaja a la perfección? De mí pueden decir que represento a los ciudadanos de origen no alemán que han alcanzado posiciones de relieve en la ciudad. Si el de comisaria de homicidios se puede considerar un puesto de relevancia.

—Hombre, tan mal no está. Pero es verdad, lo de los extranjeros en la policía da una imagen muy positiva. Acuérdate del éxito que tuvo el reportaje del primer canal de la televisión sobre los dos agentes extranjeros que patrullan por la ciudad, el turco y el paraguayo.

Cornelia también lo había visto.

—Los dos colegas son ahora celebridades —dijo Reiner.

—Pero yo no voy a salir en ningún anuncio.

—Lástima.

—Y ahora dime, ¿cuál es la teoría negativa?

—Me pregunto si esto tiene que ver con lo de Klein.

—¿Por qué? ¿Qué relación tiene observar una agencia de publicidad con lo de buscar a una emigrante desaparecida?

—De entrada, me vuelve a pedir a mí que me encargue de un asunto que no es competencia de nuestro departamento.

—Pero esta vez no se trata de algo medio encubierto, no le está haciendo un favor a un amigo, como lo de Klein. Además, después de que eso acabara en denuncia, dudo que te vuelva a escoger a ti para estas cosas.

—¿Qué habrá sido de esa chica, de Esmeralda Valero?

Recordaba a la joven ecuatoriana que había entrado en el servicio doméstico en casa del banquero Edmund Klein y que había tenido que huir de allí tras los abusos sexuales que había

sufrido. «Si tengo que hacer de puta, por lo menos que me paguen», les había dicho cuando la localizaron en un prostíbulo. Cornelia la convenció, o eso había creído, para que denunciara a Klein, pero después de haberlo hecho, Esmeralda Valero desapareció sin dejar rastro.

—Quizás era mucho pedir que una emigrante sin papeles declarase contra un banquero —le dijo a Reiner.

—Pero el prestigio de Klein nunca se recuperará del todo y está claro que Ockenfeld entendió la denuncia como un acto de desobediencia por tu parte.

—Si quería un lacayo, no debería haberme buscado a mí. Hay muchos por aquí con ganas de hacerle la pelota al jefe. Por eso me pregunto si asignándome este asunto me está ofreciendo la posibilidad de hacer las paces, o por lo menos una tregua, o si se trata de un encargo envenenado.

—Déjate de especulaciones. Me parece que ves fantasmas. ¿Cuántos días tendrás que ocuparte de este asunto de importancia relativa?

—Relevancia relativa, ha dicho. Una semana, quizá diez días. Pero sigo con lo de la prostituta moldava desaparecida.

Reiner Fischer la miró fijamente.

—No la vamos a encontrar, ¿verdad?

Asintió.

—Cuando recibimos la llamada que denunciaba su desaparición, probablemente esa chica ya estaba muerta.

Habían escuchado la grabación de la llamada una y otra vez. El perito lingüístico afirmaba que el acento era moldavo, como se suponía que lo era Ilinca Constantinescu, la mujer desaparecida. La voz sonaba tan aterrorizada y a la vez tan fatalmente resignada que le vinieron a la mente las imágenes de las personas a quienes en la guerra obligaban a cavar su propia fosa antes de que las fusilaran. «Llamo para denunciar que Ilinca Constantinescu, una prostituta moldava, ha sido asesinada y que su cuerpo se encuentra en...» Su sospecha se convirtió en certeza cuando los peritos le dijeron que la voz de la llamada estaba pregrabada.

—Prefiero pensar que esa chica era otra y no que obligaron a Ilinca Constantinescu a anunciar su propia muerte por teléfono. ¿Por dónde anda Müller?

—Ha vuelto a la zona de Eschersheim que limita con el bosque.

—¿Para qué?

—Quiere hablar otra vez con los vecinos del barrio, preguntarles si apreciaron movimientos de coches sospechosos. Tiene la vaga esperanza de que la debilidad de los proxenetes del Este por los coches ostentosos los delate. En estos barrios todo el mundo se conoce y quizás alguien se fijó en algún coche aparatoso.

—Ya lo hemos comprobado, Reiner. ¿Cree que será diferente esta vez? Cuanto más tiempo pasa, más difícil es que alguien recuerde un día concreto en el pasado. ¿Tú recordarías si hace dieciséis días pasó un Mercedes rojo por delante de tu calle?

—En ese barrio vive mucha gente mayor. Sola. Y cuando no están mirando la tele, miran por la ventana. Si ven algo raro, por nimio que sea, les da tema de conversación para varios días.

—¿Y por qué cree Müller que se lo van a contar a él si no nos lo contaron a nosotros?

Reiner corrió su silla un poco hacia atrás.

—Mírame.

Lo hizo sin comprender qué quería su compañero.

—Mírame, piensa en Leopold Müller y encuentra las diez diferencias.

Ella desvió la vista al instante, pero resultaba difícil resistir el reto que le había lanzado el subcomisario. Mentalmente vio a Müller, con su buena planta, el pelo rubio, corto, pero no tanto que pudiera intimidar, esos ojos de color castaño claro. «Ollos verdes son traidores, azules son mentideiros, os negros e castañados firmes son e verdadeiros», canturreaba su madre con frecuencia. Se imaginó esos ojos dirigiéndose a las señoras mayores con una sonrisa tímida que haría que vieran en él al

yerno perfecto que no tenían, bien educado, con una mirada limpia, y esa nariz... Procuró desviar su atención hacia Reiner y descubrió de pronto un brillo en su oreja derecha.

—¡Llevas un pendiente!

—No es un pendiente.

—¿Qué es, entonces?

—Un aro.

—¿Y eso no es un pendiente?

—No. A ver, ¿por qué se llaman pendientes los pendientes? Pues porque penden. Pero esto no pende, es un aro sujeto en la oreja.

En otras circunstancias ella se hubiera burlado de su pandería, pero esa mañana le agradecía tanto a Reiner que la distrajera un poco de su desánimo que no lo hizo, ni le preguntó a qué venía un adorno tan sorprendente. Sólo le dijo:

—Te queda bien.

—Eso dice también mi mujer, que me rejuvenece, que con el pelo en punta y el pendiente me parezco a Harrison Ford.

No le quiso decir que Harrison Ford era en realidad diez años mayor que él. Pero sí que era cierto que su compañero estaba rejuvenecido; su futura paternidad, su primer hijo, aunque hubiera pasado los cincuenta, había otorgado un nuevo brillo a sus ojos.

Cornelia se acordó de nuevo de Müller.

—No va a encontrar nada.

La desesperanza que envolvía ese caso volvió a apoderarse de ella.

—Lo máximo que podemos encontrar es un cuerpo. El de la chica a la que pertenecían las ropas manchadas de sangre que los que están detrás de este asunto nos han dejado bien dispuestas para que las encontráramos. Nos dieron las instrucciones como si fuera una yincana para párvulos.

Reiner no podía más que asentir.

—Pero si son tan listos como parece, habrán hecho desaparecer el cuerpo. Las ropas ya bastan —siguió Cornelia.

Sobre el escritorio reposaba la carpeta con todos los pa-

peles referidos al caso. Algunas fotos de un bosque, muchas fotos de ropa y ninguna foto de una persona.

Hacía un par de semanas, el viernes dos de mayo por la mañana, se había recibido una llamada anónima en la Jefatura de Policía. Unos agentes se habían dirigido a la zona de bosque de Eschersheim, al norte de la ciudad, que les había indicado aquella voz. No les costó mucho encontrar un fardo de ropa. Estaba dispuesto en una pequeña fosa al pie de un grupo de álamos que lo hacían invisible para los paseantes, pero fácil de encontrar para quien estuviera buscándolo. «Preparado para ellos», pensó Cornelia al verlo. Ella y Reiner habían llegado algo más tarde, después de que los agentes comprobaran que la ropa estaba manchada de sangre. Pero no había ningún cuerpo. Varios grupos de policías rastrearon la zona sin éxito. Tampoco los perros que lo hicieron un par de horas más tarde dieron con él. Sólo tenían un fardo que había sido preparado cuidadosamente con las piezas pequeñas envueltas en las grandes para que no se perdiera ninguna de las prendas que, más que manchadas, estaban impregnadas de sangre. La camiseta de tirantes dorada con letras de lentejuelas formando la palabra «crazy», una chaquetilla torera de angora de color rosa y unos pantalones tejanos, también de color rosa. Talla 36. Incluso la ropa interior y los zapatos estaban teñidos de rojo oscuro.

—Una sangría —había dicho al día siguiente el forense Winfried Pfisterer cuando le mostró la ropa en el Instituto Anatómico—. Quien hirió a la persona que llevaba esta ropa no le dejó mucha sangre en el cuerpo.

Pfisterer había ordenado la ropa sobre una mesa de modo que se podía apreciar que la sangre había fluido desde la cabeza hacia los pies.

—Esto podría significar que la mujer fue herida en el cuello.

Observó el perfil de pájaro del forense, que seguía con

un movimiento de la cabeza el recorrido descendente de la sangre.

—Me atrevería a aventurar que la sostenían de pie mientras probablemente se desangraba.

Se miraron como si esperaran que fuera el otro el que dijera lo que estaba pensando.

—En público, quizá.

—Como una ejecución.

No se podrían acordar después de quién dijo qué, pero ella recordaba que su última esperanza de que no fuera cierto se diluyó cuando Winfried Pfisterer le mostró una de las mangas de la chaqueta que había sido de color rosa.

—Estas manchas aquí son diferentes; no es sangre impregnada, sino que alguien ha limpiado el filo de un cuchillo.

Cornelia observó la zona.

—Es todo tan evidente que se podría presumir que está preparado para que lo veamos —dijo ella, que empezaba a entender el sentido de esa escenificación.

—Exacto, sólo para nuestros ojos.

—Y los de quienes tuvieron que presenciar su muerte. Porque está muerta, ¿verdad?

—Cornelia, eso no te lo puedo decir.

—¿Cuánta sangre puede perder una persona?

—Unos dos litros.

—Lo que es probable que encontremos en estas prendas. Sin duda saben que podemos averiguarlo y cuentan con ello. O sea que saben que nosotros sabemos que está muerta. Después, nos pondremos en movimiento y llevaremos a cabo el trabajo que esperan de nosotros.

Seguramente Pfisterer ya sabía lo que venía a continuación, pero ella necesitaba decirlo una vez más, como si todavía no se hubiera dado cuenta de que repetir su teoría lejos de aliviarla le causaba una opresión cada vez mayor.

—De este modo los chicos de la policía nos vamos a encarregar de ir haciendo correr la información por toda la ciudad. Cada vez que preguntemos a una prostituta, a los dueños o

a los clientes de los sex-shops o de los burdeles les estaremos haciendo el juego; dando publicidad a la muerte de esta chica, somos los portavoces de esta campaña de terror. Esto me revienta. Me revienta que nos estén usando, me revienta ser consciente de esta manipulación y no poder evitarlo.

—Pero tampoco os podéis quedar de brazos cruzados.

—Eso es lo trágico, Winfried. Cuanto más celo pongamos, cuanto más correctos seamos en el procedimiento, más predecibles seremos; y con ello no haremos otra cosa que ejecutar el plan de intimidación colectiva que creo que se oculta detrás.

—Me temo que, si tienes razón, es así. Pero ¿qué otra cosa se puede hacer?

—Nada. Lo sé.

Pfisterer prefirió volver al terreno forense:

—En cuanto tenga los análisis de la ropa y de los pelos te los haré llegar.

—¿Pelos?

—En la chaqueta encontramos pelos de animales y cabellos humanos de tres personas diferentes.

—Alguno de ellos tal vez sea de ella.

—Probablemente.

—Y los otros podrían ser de las personas con las que estuvo en los últimos momentos de su vida.

—Puede ser, pero sin otro material para compararlo no nos va a servir de gran cosa.

—Está claro, pero quizá sean pistas que nos lleven a alguien.

—¿Veo por fin un poco de optimismo en este caso?

—Para usar una de tus palabras preferidas: probablemente.

Unos días más tarde Winfried Pfisterer le había dado los resultados. Algunos cabellos coincidían con las muestras de sangre. Los análisis mostraban un consumo prolongado de heroína y cocaína, alcohol y dosis notables de mercurio.

—¿Mercurio? —preguntó Cornelia al teléfono tras leer el informe—. ¿La estaban envenenando?

—No se puede descartar —le respondió Pfisterer—, pero también es posible que se estuviera tratando una enfermedad venérea con métodos antiguos. El mercurio se usaba tradicionalmente para tratar la sífilis.

—Para eso hay antibióticos.

—Hay gente que desconfía de ellos.

—¿Y se envenenan con mercurio?

—No son más que especulaciones, pero no sería la primera vez que se da un caso así.

En el informe se leía que las otras muestras de pelo correspondían a dos hombres. El pelo de uno había sido teñido de color rubio platino.

—Un color poco habitual para un hombre.

Estas muestras también ponían de relieve un alto consumo de drogas. En el pelo de color platino encontraron también marcas de anfetaminas, sobre todo éxtasis.

—Es todo lo que tenemos —resumió Cornelia—. Tres personas; una de ellas, la víctima.

—También tenemos los pelos de los animales que estuvieron en contacto con la ropa: pelo de rata, de ardilla y de perro. De pelo corto. Negro.

—¿Perdón?

—El perro era negro.

—La rata era gris, supongo, y la ardilla, roja.

—No, la ardilla era también gris.

La policía moldava aún no les había podido pasar informaciones.

—Ilinca Constantinescu —siguió Cornelia—. Tenemos su ropa, tenemos su cabello, tenemos su sangre, pero no tenemos su cuerpo.